

Letras Hispanas

Volume 13, 2017

SPECIAL SECTION: Ecocrítica ibérica contemporánea y nuevos materialismos

TITLE:Galgos en el llano: La ecología oscura del campo en *Intemperie* de Jesús Carrasco

AUTHOR: Axel Pérez Trujillo

E-MAIL: axel1@ualberta.ca

AFFILIATION: University of Alberta; Department of Modern Languages and Cultural Studies; 200 Arts Building; Edmonton, Alberta, Canada T6G2R3

ABSTRACT: This article explores the dark ecology latent in *Intemperie* by Jesús Carrasco through the figure of the emaciated greyhound that represents the ambivalences of life in the Spanish countryside, an oscillating tension between the cruel scarcity and vital coexistence among living beings in the central plateau. The desolate images of the plains are also analyzed and contrasted with the pastoral reminisced in the narrative.

KEYWORDS: Dark Ecology, Plains, Galgos, Ecocriticism, Jesús Carrasco

RESUMEN: El presente artículo ahonda sobre la ecología oscura que late en la novela *Intemperie* de Jesús Carrasco a través de la figura escuálida del galgo que representa la ambivalencia de la vida en el campo español, la oscilante tensión entre la cruel escasez y la vital coexistencia entre los seres vivos en la meseta del interior. Se analizan las imágenes desoladas del llano, contrastándolas con los idilios pastoriles rememorados en el relato.

PALABRAS CLAVE: ecología oscura, llanos, galgos, ecocriticismo, Jesús Carrasco

BIOGRAPHY: Axel Pérez Trujillo holds an M.A. in Spanish and Iberian American Studies at the Universidad Autónoma de Madrid and is currently a Ph.D. Candidate in Spanish and Latin American Studies at the University of Alberta, Canada. He was awarded the Killam Memorial Scholarship in 2017 to complete research on the environmental imaginaries of the plains in Latin America, a project that draws from both ecocriticism and digital humanities. He is interested in exploring the literary representations of plains geographies in Spain and Latin America, such as the Iberian Meseta Central and the Pantanal wetlands in Brazil. He has published academic articles on ecocriticism in journals such as *Trumpeter Journal of Ecosophy*, *Transcultural Journal*, and *Bajo Palabra*, as well as creative short stories in *Burning Water Magazine* and *The Lamp*.

Galgos en el llano: La ecología oscura del campo en *Intemperie* de Jesús Carrasco

Axel Pérez Trujillo, University of Alberta

El galgo español es una raza canina ibérica cuya larga y sufrida historia llega hasta nuestros días. También conocido como lebel español, el galgo tiene un cuerpo delgado, pecho hondo y cabeza perfilada. Se trata de una raza que tradicionalmente se emplea para la caza de liebres en las llanuras del interior de España. Provenientes de las planicies en Oriente Próximo y el norte de África, las razas de galgos tienen una aguda visión para poder ver a su presa durante persecuciones que pueden llegar a velocidades de 70 kilómetros por hora (Branigan 10; Anne Thayer 22). La presencia de este animal en la literatura española tiene un amplio recorrido, apareciendo en las obras de autores como Miguel de Cervantes Saavedra, Benito Pérez Galdós y Miguel Delibes. El galgo también acompañó a los españoles durante la conquista de América, siendo mencionado por cronistas como Bernal Díaz del Castillo (Branigan 99; Anne Thayer 21). Además, aparece en muchos de los dichos y refranes que abundan en el campo español, como “a la larga, el galgo a la liebre mata” o “a galgo viejo echadle liebre, no conejo.” El galgo es un animal íntimamente ligado a las llanuras ibéricas y su presencia en la cultura española brinda una oportunidad para apreciar la relación entre humanos y otros animales en el campo, una relación que tiene sus luces y sus sombras. En el caso específico del galgo, se trata de una relación que históricamente ha oscilado entre la “utilidad” y el “compañerismo” (Madden 504). La primera novela del escritor Jesús Carrasco titulada *Intemperie* (2013) ahonda sobre esos mismos vaivenes que sufren tanto perros como humanos en la

meseta española, mostrando a su vez cómo la precariedad forja las relaciones entre seres vivos en el campo.

Repárese en que si bien el galgo forma parte del imaginario que los españoles tienen del campo, lo es por diversas razones, algunas de las cuales muestran el desprecio hacia esta raza única de perro. La caza con galgo muestra la simbiosis entre humano y perro a la hora de prender a la liebre en campo abierto (Sánchez Garrido 189; Branigan 10). Impresionante es ver al galgo perseguir a su presa a gran velocidad, ya que el can intenta no perder de vista a la liebre cada vez que cambia de dirección. No obstante, la relación entre dueño y galgo es cuanto menos precaria y discutible. En un artículo de *El País* se relata la lamentable situación del can una vez terminada la temporada de caza en partes de España:

Algunos galgueros se apiadan un poco del animal, lo sostienen como a un bebé y de repente le quitan los brazos para que caiga de golpe con todo su peso. Así se les parten las vértebras y el sufrimiento es menor. A esos perros, con los meses de estar colgados, el cuerpo se les desprende de la cabeza y caen al suelo. Pero hay otros que dejan al animal con las patas traseras apoyadas en la tierra. Y así se pueden llevar los pobres hasta dos horas y media agonizando. Otros, los más crueles, lo dejan atado al árbol hasta que muere de hambre y de sed. (Peregil)

Animal de caza y deporte, el galgo sufre en sus propias carnes las miserias del campo,

colgado de un árbol una vez que deja de serle útil a su dueño. Es un animal transformado en mercancía desechable (Menely 25). Los cuerpos inertes de los galgos colgados son un testimonio de la crueldad invisible que atraviesa la vida en el campo. En *Intemperie*, Carrasco narra esa crueldad que vincula animales humanos y no humanos en un entorno desamparado. Y lo hace comenzando el relato con una referencia explícita al maltrato del galgo en las primeras páginas de la novela (11). En una tierra de miseria—donde nada sobra y casi todo falta—el galgo español se convierte en una figura que traza las ásperas ligaciones entre lo humano y lo no humano, revelando la ecología oscura que subyace a la vida pastoril de la meseta española.

En el presente artículo analizaré el desamparo del campo en *Intemperie* desde una perspectiva ecocrítica oscura que parte de la presencia del galgo en la narración en tanto que éste proporciona una vía por la cual explorar la precaria relación entre perros y humanos en el llano. La novela brinda a sus lectores una visión de lo inestable que puede llegar a ser la vida en el campo, explorando la negatividad del medio rural y pastoril, un medio repleto de violencia entre humanos y animales. El narrador de *Intemperie* revela dicha violenta relación al contar que el campo contiene “Vestigios de que alguien estuvo allí antes que ellos intentando arrancarle al llano algo que seguía guardando con celo” (112). El llano impone unas condiciones que exigen luchar por la supervivencia. Sin embargo, Carrasco logra relatar semejante desamparo sin perder de vista el inevitable e irónico vínculo que une a los seres en la seca planicie y “los cose con pespuntos cada vez más apretados” (Carrasco 29). Sigo los pasos de Timothy Morton al insistir que “el pensamiento ecológico incluye negatividad e ironía, fealdad y horror” (*The Ecological Thought* 17). Una ecocrítica oscura explora lo negativo que puede entranar el entorno, alejándose de una concepción romántica e idealizada de la naturaleza. Precisamente, la novela de Carrasco narra la precariedad del llano ibérico a través

de los ojos de un niño que huye de su padre y el alguacil del pueblo, topándose con un viejo pastor que lo acoge. Partiendo de una lectura ecocrítica enfocada en dicha negatividad, estudiaré en primer lugar los contrastes entre los paisajes tradicionalmente pastoriles y las imágenes de un campo en ruinas. La novela contrapone ensoñaciones sobre un pretérito idílico y un presente desolado, sin por ello caer en la nostalgia del pasado, como suele manifestar el género pastoril en la literatura. Ello servirá para percibir cómo Carrasco se distancia de la visión del campo armonioso, para presentar al lector un entorno agobiante que erosiona a sus habitantes. Y es que la novela de Carrasco narra el declive rural que tanto interesa a Sergio del Molino en su reciente libro *La España vacía* (2016). Semejante retrato del campo español se asemeja al concepto de “dark pastoral” que emplea Heather Sullivan y que discutiré más adelante (1). En segundo lugar, analizaré la relación entre el galgo y el joven protagonista de la novela, ya que manifiesta las oscilaciones en el trato de esa raza de perro en España al tiempo que borra la dicotomía animal-humano. Importante a mi argumento es la toma de conciencia del niño protagonista de *Intemperie* al entender que el maltrato a los galgos es el mismo que sufren las mujeres y niños del pueblo. En el momento en que se percató de ese perverso vínculo—de que el maltrato y la violencia son los aglutinantes de la vida en la meseta—se revela el lado oscuro de lo pastoril.

La novela ofrece un imaginario ecológico que cuestiona algunas de las nociones imperantes en el ecocriticismo de corte anglosajón, especialmente en lo que respecta al significado ecológico de lo pastoril en la literatura. Sigo aquí la interesante propuesta de Luis I. Prádanos sobre el potencial crítico que alberga la literatura “Euro-mediterránea” frente a las lecturas ecocríticas anglosajonas tradicionales (31). Mi trabajo, a su vez, se engarza a las investigaciones ecocríticas en España que como, señala Julia Barella Vigal, tienen “un futuro por delante” y “una bibliografía por escribir” (219). Me interesa sobre todo resaltar cómo la

miseria imperante en el llano de *Intemperie* genera una ecología oscura que sitúa a seres vivos en contextos tanto de desamparo como de compañerismo. Irónicamente, esa precariedad no hace sino estrechar las ligaciones entre ambos. En vez de sumir a los personajes en una lucha entre sí por la supervivencia, se refuerzan los vínculos entre ellos. El hambre y la sed forjan las relaciones entre el protagonista y el viejo pastor, además de con el perro que les acompaña. Es precisamente esa la interrogante que persigue al niño desde el comienzo de la novela: “Se preguntó si sería el perro menos amigable entonces. Aún no sabía nada de lealtades ni del tiempo que pasa entre los seres y los cose con respuntes cada vez más apretados” (29). Así se abre un espacio para considerar la negatividad del llano como valor ecológico. Levi Bryant señala que es menester considerar una ecología que revele los desequilibrios de los ecosistemas, distanciándose de aquellas ecologías “verdes” ancladas en la armonía de la naturaleza (301). Adoptar una ecocrítica oscura para desentrañar las sombras de lo pastoril en *Intemperie* revela cómo aquello que hace sufrir a los habitantes de un lugar puede llevar a revitalizar las relaciones existentes entre seres vivos.

El campo como un rescoldo de la vida urbana, como un lugar para escapar de las tensiones de la ciudad, es una de las claves de lo pastoril en la literatura y recibió mucha atención en los primeros tanteos de la ecocrítica anglosajona (Buell 54; Marx 3; Garrard 33). Buell ya señalaba las ambivalencias de la “ideología pastoril” en su importante libro *The Environmental Imagination* (68). El debate en torno a qué significa lo pastoril todavía no ha quedado zanjado, si bien algunas de las características centrales son los “paisajes idílicos” y la presencia de “pastores” (Alpers 22). La novela de Carrasco, en cambio, ofrece una lectura del campo español que se aleja de la vida pastoril como armoniosa e idílica, optando por narrar las crueldades que se dan lugar en las llanuras españolas, además de la cercanía entre seres vivos que se produce

cuando la escasez del entorno es predominante. Como agudamente señala Molino,

Todas las tensiones entre lo urbano y lo rural se han sufrido en España con un dramatismo raro y exótico. Hay toda una literatura inspirada en este Gran Trauma que no tiene igual en Europa. (ch. 1)

Intemperie se incorpora a esa literatura que traza el drama del campo español. Consciente de la tradición pastoril, el narrador yuxtapone ensoñaciones de un paraíso pretérito dentro de un relato que ahonda en la difícil vida en el campo. Así la novela dibuja las sombras de la meseta española, dejando de lado la idea de una naturaleza apacible y materializando una ecología “negra” u oscura que ahonda en el desespero (Bryant 291). A pesar de esas constantes quiebras en las relaciones entre humanos y no humanos, el relato consigue borrar dicha dicotomía y mostrar cuán apretados se tornan los vínculos entre ambos. El lector percibe que tanto perros como humanos se encuentran enredados en una misma realidad de la que no cabe escapar.

La novela narra la huida de la casa paterna de un niño que termina vagando por las llanuras de algún lugar del interior de España. El motivo para dicha fuga no se revela directamente, si bien la amenazante presencia del alguacil y el miedo a los hombres adultos que el niño muestra parecen apuntar a posibles abusos sufridos en casa. Tampoco se presenta una geografía específica. No se nombran pueblos o accidentes geográficos particulares, aunque es posible deducir que se trata de algún lugar al sur de la meseta, dada la presencia de olivares, chopos, y jaras en el paisaje. La falta de referencias específicas dentro del llano dan la sensación de un gran vacío, como si efectivamente el campo español careciese de espacios concretos. Esa “España vacía” tiene aproximadamente una extensión de casi trescientos mil kilómetros cuadrados (un 53% del territorio nacional), a pesar de que solamente contiene siete millones de

habitantes (un 15% de la población española) (Molino ch. 1). Esto es, la meseta del interior sufre una despoblación muy aguda. La experiencia del niño corrobora ese fenómeno a lo largo de *Intemperie*, ya que, por ejemplo, ve por todos lados “una llanura inclemente y eterna en la que no iba a encontrar cobijo” (93). La meseta es descrita como una planicie “eterna,” que nunca termina y que tampoco da respiro. A lo largo del relato se hace hincapié en el vacío del campo, describiendo el entorno como “un campo abandonado” o un “inmenso espacio” (Carrasco 59). Nótese el tono peyorativo de las descripciones del llano, pues distan mucho de ser idílicas. Se trata de un paisaje desolado por el cual deambula el niño protagonista, huyendo del pueblo y aparentemente perseguido por el alguacil, hasta encontrarse con un viejo cabrero y su perro.

La narración se abre con el joven protagonista enroscado dentro de un hoyo, intentando escuchar las voces de los hombres que le están buscando (9). El niño no se mueve, manteniendo su incómoda posición en el agujero. No se encuentra en un campo sosegado, sino que literalmente se ha incrustado en la tierra intentando pasar desapercibido. Una de las primeras preocupaciones del niño es la posibilidad de que los hombres tengan perros que le descubran por el olfato: “tampoco distinguí ladridos y eso le alivió porque sabía que sólo un perro bien adiestrado podría descubrir su guarida” (9). Nótese cómo se hace referencia a la capacidad olfativa de los perros. El galgo español no se destaca por dicha capacidad, sino por su aguda visión que le ayuda a discernir a la liebre en campo abierto. El comentario del niño descubre la fuerte presencia de los galgos en el llano. No obstante, en esos primeros momentos el niño desconfía de hombres y perros. Al igual que una liebre escondida en su madriguera, él se siente cazado por hombres con galgos. La simbiosis entre galgo y cazador le aterra. Su situación es precaria. El único lugar que le queda para evitar las crueldades de los hombres del pueblo es un hoyo en la tierra. Es

muy significativo este comienzo de la novela, ya que brinda al lector algunos de los temas centrales que marcan la ecología oscura del relato; esto es, presenta el modo cómo los seres se incrustan los unos a los otros en esta tierra abandonada y la quiebra de la dicotomía entre lo humano y lo no humano a través de la paulatina identificación del niño con el galgo y otros animales. Más adelante en el relato, el narrador insistirá en que el niño “era tan hijo de aquella tierra como las perdices y los olivos” (52). No hay una jerarquía entre los diferentes seres del llano, sino más bien una hermandad que los une.

Una vez comenzada su fuga a través de la meseta, el niño comienza a percatarse de la desolación del paisaje que le rodea. No hay lugares en donde esconderse del alguacil. Justo antes de toparse con el viejo pastor, al finalizar el primer capítulo de *Intemperie*, se presenta el paisaje del llano en toda su crudeza: “Delante de él, el llano se sacudía el sufrimiento que el sol le había causado durante el día, desprendiendo un olor a tierra quemada y pasto seco” (20). El llano es personificado como un ser vivo que intenta sacudirse el “sufrimiento” causado por la intemperie solar. Es como si el protagonista estuviese asistiendo a la tragedia del campo con sus propios ojos, viendo a la tierra agonizar ante el sol ardiente. El propio niño admite más tarde que semejante desolación no era en absoluto la idea que había albergado antes de huir del pueblo, cuando pensaba que se encontraría con “infinitos olivares” (53). Ese contraste entre un campo idílico y el llano en ruinas es uno de los hilos conductores de la novela.

A partir del mencionado encuentro, el niño, el viejo, y el perro procuran sobrevivir juntos ante las dificultades de un campo seco en el que apenas hay agua para beber y en el que la leche de las cabras es el principal sustento. Abrasado por un sol al que ninguna nube parece cubrir, el viejo mira “hacia el cielo” en busca de “signos de la lluvia” que no aparecen (35). La lluvia no llega y la fuerza del sol impone unos hábitos específicos. Por ejemplo, la sombra se transforma en un importante

resquicio de la intemperie solar. Todavía desconfiado del pastor después del encuentro, el niño decide ir por su cuenta hasta un molino abandonado y se queda dormido sin querer al sol, para después levantarse con la piel de su cuerpo quemada (45). Tan dolorosa es la experiencia, que piensa que va a morir. Es el cabrero quien cuida de las quemaduras del niño. Así se impone la necesidad de encontrar cobijo en el llano. Curiosa es, además, la reflexión del niño al encontrar el molino en medio del campo. Se pregunta “¿Qué clase de persona se asentaría en un lugar como aquél con tan escasa visión?” al ver que el molino ni siquiera está construido de forma que pueda aprovechar el viento que hay en aquella región (41). El entorno hace sorprendente encontrarse rastros de vida. Antes bien, lo único que queda son ruinas. Molino también comenta algo muy parecido cuando señala que el interior de España está lleno de “pueblos imposibles y la pregunta constante: quién vive aquí y por qué” (ch. 1). El niño finalmente decide quedarse con el viejo cabrero y su perro. La vida de los tres se ve reducida a “desayuno al amanecer, camino e insolación” (Carrasco 56).

A medida que los tres recorren el llano con las cabras, el relato presenta paisajes cada vez más oscuros en los que la muerte y el abandono se manifiestan. La torre del molino se describe como un “esqueleto” (40). Más adelante, descienden por un camino empinado en el cual se hallan “Huesos en todas las etapas posibles de degradación,” “hileras de vértebras vacunas” y “Arcos de costillares y cornamentas” (68). El campo por el que atraviesan parece un cementerio. Se ahonda en la negatividad del medio. Es más, el niño y el viejo no tienen más remedio que comerse una rata escondida dentro de los pellejos de un cadáver (70). La dura realidad de la existencia en el llano dista de la abundancia pastoril. Antes bien, el campo de la meseta es un sepulcro adornado con los huesos de seres muertos. Se trata de una tierra “inclemente,” que no otorga perdón. Los seres vivos esparcidos por aquel lugar están pagando por sus pecados, como si de un “infierno” se tratara (154). La tierra exige de ellos una dedicación exclusiva que han de pagar.

A lo largo de su fuga, el niño tomará conciencia del “laboreo que el llano y la intemperie les imponían” (85). Las descripciones de las llanuras evocan una situación de tinte bíblico, semejante a la salida del jardín del Edén y la condena al trabajo en el campo. Es una existencia agotadora llena de “laboreo.” El léxico utilizado en las descripciones sugiere esa caída del apacible Edén: “inclemente,” “infierno” y “laboreo” recuerdan a la fatal condición humana retratada en el Génesis por la cual los seres humanos deberán trabajar la tierra sin cesar. El narrador incluso introduce un pasaje que hace referencia a una posible edad de oro:

Hubo un tiempo en que el llano era un mar de cereales. En los días ventosos de primavera, las espigas se revolvían igual que la superficie del océano. Olas verdes y fragantes a la espera del sol de verano. El mismo que ahora hacía fermentar la arcilla y la rompía hasta convertirla en polvo. (74)

Nótese el uso del pretérito perfecto para indicar que aquello aconteció en un pasado que ya había terminado. En el pasado el llano era un “mar de cereales,” mientras que ahora es “polvo.” El tiempo marca una escisión entre un pasado idílico y un presente precario, un momento marcado por la abundancia y otro por la escasez. El narrador parece indicar la importancia que el entorno tiene para la vida de los habitantes en la meseta. Se habla de un momento previo a la “sequía,” antes de que el llano languideciera “hasta morir” (76). El narrador continúa explicando que fue después de la sequía que muchas familias huyeron de los pueblos. Con la escasez de agua, se acabaron los cultivos de cereales y comenzaron “las nuevas reglas de la tierra seca” (77). Ese contraste entre un pasado abundante y un presente escuálido no hace sino reforzar el valor ecológico de la meseta como fuerza activa.

Llamativa es la imagen del llano como “mar” y “océano,” ya que es una figura retórica que suele aparecer en narraciones sobre planicies en América Latina, desde las pampas en Domingo Faustino Sarmiento hasta los *sertões* en Euclides da Cunha (Sarmiento 57; Cunha

33). El llano como un gran cuerpo de agua evoca un paisaje sublime y desmesurado. Basta recordar la cita de Edmund Burke en la que utiliza la imagen del mar y las planicies para explicar el sentimiento de lo sublime (57). El narrador alude así a toda una tradición literaria sobre lo pastoril, yuxtaponiendo el relato del llano “inclemente” a una ensoñación idílica.

En el citado pasaje, sobresale fuertemente la imagen de la tierra como “polvo” que enfatiza la presencia de lo seco como topografía predominante. Aquellas “Olas verdes y fragantes a la espera del sol de verano” recuerdan al mito de Arcadia tradicionalmente adscrito al género pastoril (Alpers 28; Gifford 21). En esa edad de oro, los pastores convivían en una naturaleza abundante y apacible. El género pastoril también suele inspirar la “nostalgia” hacia un pasado irreparable (Gifford 21). Hay una escisión temporal entre un pasado idílico y un presente en ruinas. Greg Garrard señala que dicho corte en el tiempo puede “orientarse” hacia el pasado como “elegía” nostálgica, hacia el presente como “idilio” y al futuro como “utopía” (37). En *Intemperie*, la edad de oro se sitúa en un pretérito insalvable, ya que ahora el sol “hacia fermentar la arcilla.” Hay cierta melancolía, cierto anhelo de aquello que fue maravilloso, pero que quedó caduco en el tiempo. Ahora los pastores se ven obligados a “arrancarle al llano algo que seguía guardando con celo” (112). La planicie en la que se halla huyendo el niño es una tierra celosa, que no está dispuesta a ofrecer sino lo que consigan “arrancarle.” El hecho de que lo poco que tiene la tierra solamente cabe arrancárselo pone de manifiesto el papel activo que tiene el llano dentro del relato. No se trata de un recipiente vacío, sino de una fuerza con la que los seres vivos se enfrentan. Es más, la tierra también es personificada en tanto que tiene un carácter—es reacia a dar lo que los seres le piden.

Es importante resaltar que la narración siempre interrumpe esos breves idilios sobre un pretérito mejor con pasajes que delatan el dolor del presente. La yuxtaposición no hace

sino agudizar la insolación en el llano. Aumenta la sensación de desamparo que experimenta el niño. Es como si el pasado no fuera sino un acicate para asumir las dificultades del ahora. La retórica que late en este vaivén crítico con lo pastoril es similar a lo que Sullivan señala como “dark pastoral:” “Its very darkness is meant both as a critique of, on the one hand, naively accepting pastoral impulses and, on the other, of thinking that we can overcome these very urges” (2). Es más, la rememoración de dicho pasado idílico se confunde con los recuerdos del niño. La voz del narrador inicia la descripción del llano, para después dar lugar a la memoria del niño, lo cual reviste al texto de cierta inocencia a ojos del lector. Por medio de su deambular, el niño poco a poco descubre las condiciones de vida que exige el campo. Lejos de ser una tierra de olivares infinitos, la meseta es estéril y violenta.

Ello se hace todavía más patente con la fuerte ruptura de esa ensoñación con los recuerdos que siguen. Nótese la negatividad que satura el paisaje en el siguiente texto que sigue justo después de la breve mención del tiempo en que el llano era un “mar de cereales:”

Recordó la franja de olivos que se extendía sobre la ladera norte del viejo cauce [...]. Un ejército inveterado y leñoso que tiznaba el paisaje con los tonos del cuero. A menudo cada copa estaba sustentada por dos o tres troncos retorcidos que salían de la tierra como los dedos florecidos de un viejo. Era extraño ver un olivo con una forma plenamente arbórea. En cambio, abundaban los troncos nudosos, las grietas secas por las que algún día penetró el agua hasta congelarse y hacer reventar la madera. Hatajo de soldados de vuelta del frente. Heridos, pero en marcha. (74)

Lo primero que salta a la vista son las imágenes empleadas. Hay un paisaje “con tonos de cuero,” “troncos retorcidos,” “troncos nudosos,” “grietas secas” y “heridos.” Parece como si los recuerdos del niño describiesen un entorno deformado, tan deformado como

los cuerpos de los galgos colgados de los árboles y el cuerpo del hombre inválido al comienzo de la novela. La personificación de los olivos como un “ejército inveterado y leñoso” es también muy llamativa, ya que sugiere el constante combate entre los seres vivos y una naturaleza celosa. Los árboles son “nudosos” como los “dedos florecidos de un viejo.” Seniles y agotados, continúan “en marcha” sin cesar. He aquí una pieza clave para entender la ecología oscura que se manifiesta en *Intemperie*, pues a pesar de representar una realidad desalentadora, la narración presenta personajes y animales que continúan coexistiendo, a pesar de todo. Los olivos continúan “en marcha.” Los galgos continúan corriendo por campo abierto, persiguiendo sus presas, al igual que el niño continúa sus desventuras por el llano a pesar de sufrir en sus carnes la violencia de otros hombres. Esa oscura realidad no lleva al niño a terminar con su vida, como llega a contemplar en la ocasión en la que el alguacil prende fuego a la torre donde está escondido (102). Antes bien, el niño continúa luchando por la vida de manera tenaz y estoica. La formación del niño a lo largo de la novela gira en torno a su estoicismo frente a las inclemencias de la tierra. Por ello, al final de la novela puede observar la lluvia y apreciar “cómo Dios aflojaba por un rato las tuercas de su tormento” (221).

Veamos otro importante pasaje en el que se pone en juego esa tensión entre los idilios pastoriles y la coexistencia estoica del niño con el perro y el cabrero. El niño siente una intensa nostalgia por un “paraíso” que conoce de manera indirecta:

Al muchacho se le llenaron los ojos de lágrimas pero ni rompió a llorar ni se sorbió los mocos. Simplemente se quedó junto al viejo encorvado, sintiendo el roce del cielo con la Tierra. Un rumor antiguo procedente de las rocas. Imaginó un molino de agua en un hayedo y también horizontes como serruchos mellados. El cielo penetrando en la tierra, derramándose

sobre ella y, en dirección contraria, los picos elevándose a lo alto. Morada de los dioses. El paraíso del que tanto hablaba el cura. Un tapiz verde en el que los árboles reposaban negligentes, ajenos a su propia abundancia. (125)

La escena evoca el pretérito abundante que hace tiempo está ausente. Aquí la escisión acontece en el espacio, ya que el contraste con el “paraíso” se juega en las diferencias del terreno. Mientras que el llano es seco y plano, el “paraíso” es un “tapiz verde” con “horizontes como serruchos mellados.” Mientras que el llano está poblado por olivos retorcidos, el “paraíso” contiene “árboles que reposaban negligentes.” El imaginario ecológico de ese pretérito es incluso sexual: el cielo está “penetrando” y “derramándose” sobre la tierra. Esa edad de oro no es sino los sueños viriles del cura, nada más alejado de la realidad presente.

Cabe resaltar que al comienzo del texto el niño no rompe “a llorar.” Si bien hay una nostalgia en la descripción del pasado, también es cierto que el niño se mantiene estoico. Anhela la exuberancia de la supuesta naturaleza perdida, pero esto no resulta paralizante. Es importante resaltar que se trata de una imagen que proviene del cura del pueblo. No es propia del niño, sino de los intereses religiosos que pretenden apaciguar la existencia presente. El idilio pastoril, no obstante, siempre queda en un pasado remoto, como un castigo para quienes viven el presente. Azuza al niño a seguir adelante, a enfrentarse con las crueldades que le esperan en la meseta: “De repente, el niño sorbió los mocos, se levantó y, agarrando a una de las cabras, se la puso delante del viejo sin deshacer siquiera la cadeneta de cencerros” (125). Después del momentáneo ensimismamiento, el lenguaje pasa a acciones específicas en el pretérito perfecto. El niño “sorbió,” “se levantó” y “puso” a la cabra delante del pastor. La estructura de la frase indica la directa secuencia de acciones. El paraíso siempre queda atrás, mientras la coexistencia con el cabrero es la prioridad. La “ley

del llano” no ofrece “ningún reconocimien- to, ninguna recompensa” (65). La narración apunta a la prioridad de la coexistencia frente a los idilios. La yuxtaposición del campo idílico con el atormentado llano sirve de crítica al primero y de énfasis al segundo. De ahí la ecología oscura de *Intemperie* que ahonda en la negatividad del entorno al contrastar con el espejismo de un paraíso perdido.

Una vez que se han repasado los elementos pastoriles de la narración es menester dedicar tiempo a analizar qué papel tienen los galgos en la ecología oscura de la novela. Como hemos visto, los dos pasajes que rememoran un pasado armonioso terminan por agudizar las asperezas del presente. No hay un intento de evadir la difícil existencia del llano, sino más bien una valoración de cómo esas dificultades estrechan los vínculos entre los seres vivos. La figura del galgo es fundamental en la trama de *Intemperie*. Especialmente llamativa es la primera descripción que se hace del llano en la novela, pues presenta de manera nítida los precarios vínculos entre galgos, humanos y llano:

Por suerte para él, el llano no daba para exotismos. Allí sólo había galgos. Carnes escurridas sobre largos huesos. Animales místicos que corrían tras las liebres a toda velocidad y que no se detenían a olfatear porque habían sido arrojados a la Tierra con el único mandato de la persecución y el derribo. Flameaban líneas rojas en sus costados como recuerdos de las fustas de los amos. Las mismas que en el secarral sometían a niños, mujeres y perros. (10)

Notable es el énfasis en el sonido de la doble r (“escurridas,” “corría,” “arrojados,” “Tierra,” “derribo,” “secarral,” y “perros”), ya que sugiere las asperezas de la tierra seca en la que se encuentra tanto el protagonista como los galgos. El paisaje oscila entre “Tierra” y “secarral,” lugares donde los galgos son “arrojados” como “Carnes escurridas sobre largos huesos.” Es como si nada sobrara en el llano.

Tanto la tierra como los galgos reflejan la escasez imperante. La corta extensión de las frases realza la sensación de falta. La descripción del llano es carente, pues “no daba para exotismos.” No se trata de un campo capaz de sustentar las vidas de sus habitantes. Antes bien, los galgos tienen un solo objetivo, el “de la persecución y el derribo.” No hay reposo y sosiego, sino una carrera incesante por la vida. Y esa carrera está llena de quiebros y recortes, al igual que la persecución de la liebre. Nótese, por ejemplo, la cuarta oración del pasaje citado. Ésta introduce varias frases subordinadas utilizando el pronombre relativo “que” y la conjunción “y,” estructura que llama mucho la atención con respecto al resto del texto. Parece que la propia estructura imita la persecución de la liebre que traza constantes quiebros y nunca es directa. En un llano seco y abierto, es la carrera del galgo detrás de su presa algo sobresaliente en el paisaje. Al arrancar el relato por medio de la corporalidad del galgo se resalta el estoicismo de la vida en el campo. A pesar del maltrato físico a dicha raza de perros, a pesar de las dificultades extremas que supone el llano, los galgos mantienen su constante persecución a campo abierto. Y esa persistencia—que a pesar de todas las crueldades que sufren continúan luchando por la vida—es central a la ecología oscura de la novela.

Repárese en las crueldades que emergen de las relaciones entre perros y hombres en el citado texto. Sobre las “escurridas” carnes de los galgos “Flameaban líneas rojas” que manifiestan el maltrato que reciben de sus “amos.” El hecho de que la oración comience con lo que podría ser una descripción del llano o el horizonte—ya que “Flameaban líneas rojas” lleva al lector a imaginar un paisaje con fuego o un cielo rojizo—sorprende cuando se torna en una herida en el cuerpo de los galgos. La frase parece que va a evocar un paisaje sublime y colorido de la planicie, sólo para orientar la mirada del lector hacia el cuerpo maltratado del galgo. Acto seguido, el texto establece una analogía entre el maltrato de los “niños, mujeres, y perros.” Aquí se

aprecia la sensibilidad ecofeminista del texto, ya que sugiere que la lógica que domina la tierra es la misma que también somete al otro, ya sea mujer, niño, o animal. Todos sufren las heridas que provienen de “las fustas de los amos.” Esas líneas rojas son signos de lo que “de otra forma se mantiene invisible” (Menely 25). La violencia ejercida sobre los “niños, mujeres y perros” se exhibe por medio de las cicatrices de sus cuerpos. En el llano hay “amos” que someten a los demás, sean humanos o no humanos. El joven protagonista cuyo nombre desconocemos se identifica con los galgos, siendo ambos víctimas de la violencia de los hombres que habitan en aquella planicie.

De hecho, la cercanía entre el perro del cabrero y el niño parece borrar las diferencias entre ambos. Cuando el niño se topa por primera vez con el pastor durmiendo, es el perro el que se percata de su presencia, le olisquea y termina lamiéndole la mano (26). El encuentro establece un estrecho vínculo entre perro y niño que va más allá de la mera compañía. En ese encuentro se borran las distancias y jerarquías entre ambos. Era como si los olores del niño “le aproximaran al mundo del perro” (26). He ahí que comienza lo que Donna Haraway denomina “enredos” entre personas y animales (*Staying with the Trouble* 16). Frente a la violencia y escasez, tanto niño como perro se sienten todavía más próximos. El maltrato que ambos han recibido es el aglutinante que les une más allá de la especie a la que pertenecen. Tanto es así, que el niño parece comportarse como un perro en diversas ocasiones. Por ejemplo, hay un momento en el que decide desplazarse por el llano “A cuatro patas” (45). En otro momento, la semejanza entre el niño y los galgos se hace nítida: “el sol había tensado tanto su piel que ahora era un ojal de pellejo curtido” (47). Similar a esas “Carnes escurridas sobre huesos,” el protagonista es un cuerpo en el que no sobra nada, pues es un “pellejo curtido.” Nótese como el foco de ambas imágenes es la corporalidad. No se recalca la especie que les distingue, sino el modo cómo se inscri-

be en sus cuerpos la vida en la meseta. Son “carnes,” “huesos” y “pellejo.” Incluso las memorias que alberga de la vida con su padre sugieren una fuerte analogía con los galgos, pues siempre “había acompañado a su padre a cazar conejos” (52). Al igual que el galgo, ayuda a cazar liebres y sufre el maltrato de su “amo.” La simbiosis entre galgo y niño revela un sorprendente giro en la novela. La intemperie del llano estrecha los vínculos entre ambos, cuando se pensaría lo opuesto; esto es, que las asperezas de la vida llevasen a crear abismos entre los seres vivos. Al menos eso parece desprenderse de los relatos pastoriles tradicionales en los que la armonía apacible es el ideal. Y todavía más llamativo es el hecho de que esa simbiosis desmantela las “Grandes Particiones” entre humanos y no humanos (*When Species Meet* 9). No importa cuál sea la especie a la que se pertenece, sino la tenacidad con la que se trabaja para la subsistencia y la unión en la vulnerabilidad corporal. Las condiciones de vida en el campo agudizan la vulnerabilidad de los seres vivos, mostrando cuan dependientes son del entorno en el que se hayan incrustados. Como agudamente señala Haraway, las relaciones con animales no humanos “make a mess out of categories in the making of kin and kind” (*When Species Meet* 19).

Maltratado por sus dueños, el galgo es un animal que nos recuerda que la ecología muchas veces no es armoniosa, que las relaciones entre seres vivos y medio ambiente son quebradizas. La crueldad hacia el galgo muestra una España lejos de las ciudades. Evoca “una España interior y despoblada” que se encuentra “vacía” (Molino ch. 1). Carrasco apunta a esa fatalidad en el interior de España cuando describe a los galgos españoles como “Carnes escurridas sobre largos huesos” (10). Es como si el cuerpo del animal estuviera ausente. Solamente es poca carne sobre “largos huesos.” La descripción es cruda y visceral. Casi parece un cadáver. Pero a su vez, el galgo se asemeja al niño en tanto que los dos son cuerpos ausentes, vagando por el llano. La negatividad les une. Sus carnes sufren la cruel insolación en aquella tierra. El niño que desconfiaba de los

perros al comienzo, se percata que no es tan diferente del can del cabrero. De hecho, cuando el cabrero muere, son el perro y el niño quienes acuden al solemne entierro (216).

La gradual quiebra de la dicotomía entre humano y no humano es todavía más sorprendente en la descripción del tullido. Se trata de un hombre “inválido que recorría las calles sobre una especie de triciclo” y que a veces mataba a los galgos que le rodeaban (10). El cuerpo deformado de aquel hombre queda fijado en la mente del niño como una manifestación de las carencias de la tierra. El cuerpo del inválido se confunde con la madera de su triciclo. Al niño “el hombre y su madera le parecieron un único ser” (138). No un “único” animal, sino un “único ser.” La descripción sugiere la condición posthumana del inválido en tanto que el humano y su prótesis de madera son inseparables. Curiosamente, es este hombre con su cuerpo deforme el que queda ligado en la mente del niño con los galgos colgados (11). La relación de dicho hombre con los perros que le rodean muestra la oscilante tensión entre lealtad y crueldad en las precarias relaciones entre humanos y animales. Mientras iba por las calles, “los perros le escoltaban” (10). Leales al inválido, eran sus compañeros. Pero como muchas de las relaciones en el llano, su dueño también era capaz de quitarles la vida y colgarles en los árboles.

La trama de la novela llega a su punto álgido y más oscuro cuando el niño es secuestrado por el hombre inválido. Atado dentro de una casa abandonada, el niño exclama que “aquel pozo flamígero, cargado de almas negras, bien podía ser el llano con su caterva de mezquinos” (154). Las carencias del entorno hacen “mezquinos” a los hombres. La negatividad impera. El sufrimiento se extiende a todos los seres:

Pensaba así porque el llano le había erosionado de una manera que ni tan siquiera concebía cuando vivía bajo techo. Le agotaba el desamparo y, en momentos como aquél, hubiera cambiado lo máspreciado de su ser por

un rato de calma o por satisfacer sus necesidades más básicas de una forma tranquila y natural. Protegerse del sol, arrancarle a la tierra cada gota de agua, autolesionarse, deshacer su propio cautiverio, decidir la vida de otros.
(159)

Lejos de ser un entorno armonioso, el llano erosiona y agota a los seres vivos que se encuentran arrojados por sus campos. No hay sosiego, ni “calma.” El niño percibe su existencia en el llano semejante a cómo es retratada la vida de los galgos al comienzo de *Intemperie*. Nada sobra, ni siquiera gotas de agua. Ante “el desamparo,” el niño tiene que luchar constantemente para cubrir sus “necesidades más básicas.” Erosionado como una piedra áspera en las planicies, el protagonista se convierte en parte de la tierra misma. Se halla tan incrustado en la tierra como cuando se escondió en un hoyo para evitar a los hombres del pueblo. La tensión entre lo orgánico e inorgánico es muy llamativa. Las carencias del llano hacen que tanto galgos como humanos se queden pegados al suelo por el que corren y caminan.

Lo irónico de toda la trama, de todo ese sufrimiento y escasez, de las crueles desventuras de los galgos y el niño por el llano es que, a pesar de todo, esa negatividad acaba por reforzar los vínculos entre los seres que habitan aquel lugar. La novela de Carrasco es reveladora en ese sentido, ya que muestra cómo una ecología oscura puede desembocar en esos “pespuntes cada vez más apretados.” Tan estrecha se convierte la relación entre el niño, el cabrero y el perro, que el protagonista se abraza al cadáver del viejo pastor con el perro de su lado en las últimas escenas del relato (216). No hay separación alguna entre esos tres seres vivos, solamente una coexistencia en el llano. Una coexistencia extraña, pues quién iba a pensar que después de tanta violencia y crueldad, después de recibir tantas heridas en el camino, los tres iban a seguir juntos cada vez más ligados los unos a los otros. La ecología oscura del llano es en *Intemperie* un testimonio al valor de la precaria existencia en un medio

que nada nos debe a los seres humanos. En vez de volcarse sobre la nostalgia de un paraíso perdido, los personajes y animales de la primera novela de Carrasco escogen estar lo más juntos posibles, enredándose en un abrazo entre especies que revela lo sorprendente y alentador aún en las penurias del campo.

Obras citadas

- Alpers, Paul. *What is Pastoral?* U of Chicago P, 1996.
- Anne Thayer, Gwyneth. *Going to the Dogs: Greyhound Racing, Animal Activism, and American Popular Culture*. UP of Kansas, 2013.
- Barella Vigil, Julia. "Naturaleza y paisaje en la literatura española." *Ecocríticas: Literatura y medio ambiente*, editado por Carmen Flys Junquera, José Manuel Marrero Hernández y Julia Barella Vigil, Iberoamericana/Vervuert, 2010, pp. 219-38.
- Branigan, Cynthia. *The Reign of the Greyhound: A Popular History of the Oldest Family of Dogs*. Howell Book House, 1997.
- Bryant, Levi. "Black." *Prismatic Ecology: Ecotheory beyond Green*, editado por Jeffrey Cohen, U of Minnesota P, 2013, pp. 290-310.
- Buell, Lawrence. *The Environmental Imagination: Thoreau, Nature Writing, and the Formation of American Culture*. Harvard UP, 1995.
- Burke, Edmund. *A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful*. Routledge and Columbia UP, 1958.
- Carrasco, Jesús. *Intemperie*. Seix Barral, 2013.
- Cunha, Euclides da. *Os sertões*. Lacerda Editores, 2005.
- Faustino Sarmiento, Domingo. *Facundo. Civilización y barbarie*. Cátedra, 2008.
- Garrard, Greg. *Ecocriticism*. Routledge, 2004.
- Gifford, Terry. *Pastoral*. Routledge, 1999.
- Haraway, Donna. *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Duke UP, 2016.
- . *When Species Meet*. U of Minnesota P, 2008.
- Madden, Raymond. "Imagining the Greyhound: 'Racing' and 'Rescue' Narratives in a Human and Dog Relationship." *Continuum: Journal of Media & Cultural Studies*, vol. 24, no. 4, 2010, pp. 503-15.
- Marx, Leo. *The Machine in the Garden: Technology and the Pastoral Ideal in America*. Oxford UP, 2000.
- Meneley, Tobias and Margaret Ronda. "Red." *Prismatic Ecology: Ecotheory beyond Green*, editado por Jeffrey Cohen, U of Minnesota P, 2013, pp. 22-41.
- Molino, Sergio del. *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Turner, 2016.
- Morton, Timothy. *The Ecological Thought*. Harvard UP, 2010.
- Peregil, Francisco. "Ahorcados por sus amos." *El País*, 9 January 2000.
- Prádanos, Luis I. "Toward a Euro-Mediterranean Socioenvironmental Perspective: The Case for a Spanish Ecocriticism." *Ecozon@*, vol. 4, no. 2, 2013, pp. 30-48.
- Sánchez Garrido, Roberto. *Caza, cazadores y medio ambiente: Breve etnografía cinegética*. Editorial Club Universitario, 2010.
- Sullivan, Heather. "The Dark Pastoral: Goethe and Atwood." *Green Letters: Studies in Ecocriticism*, vol. 20, 2016, pp. 47-59.